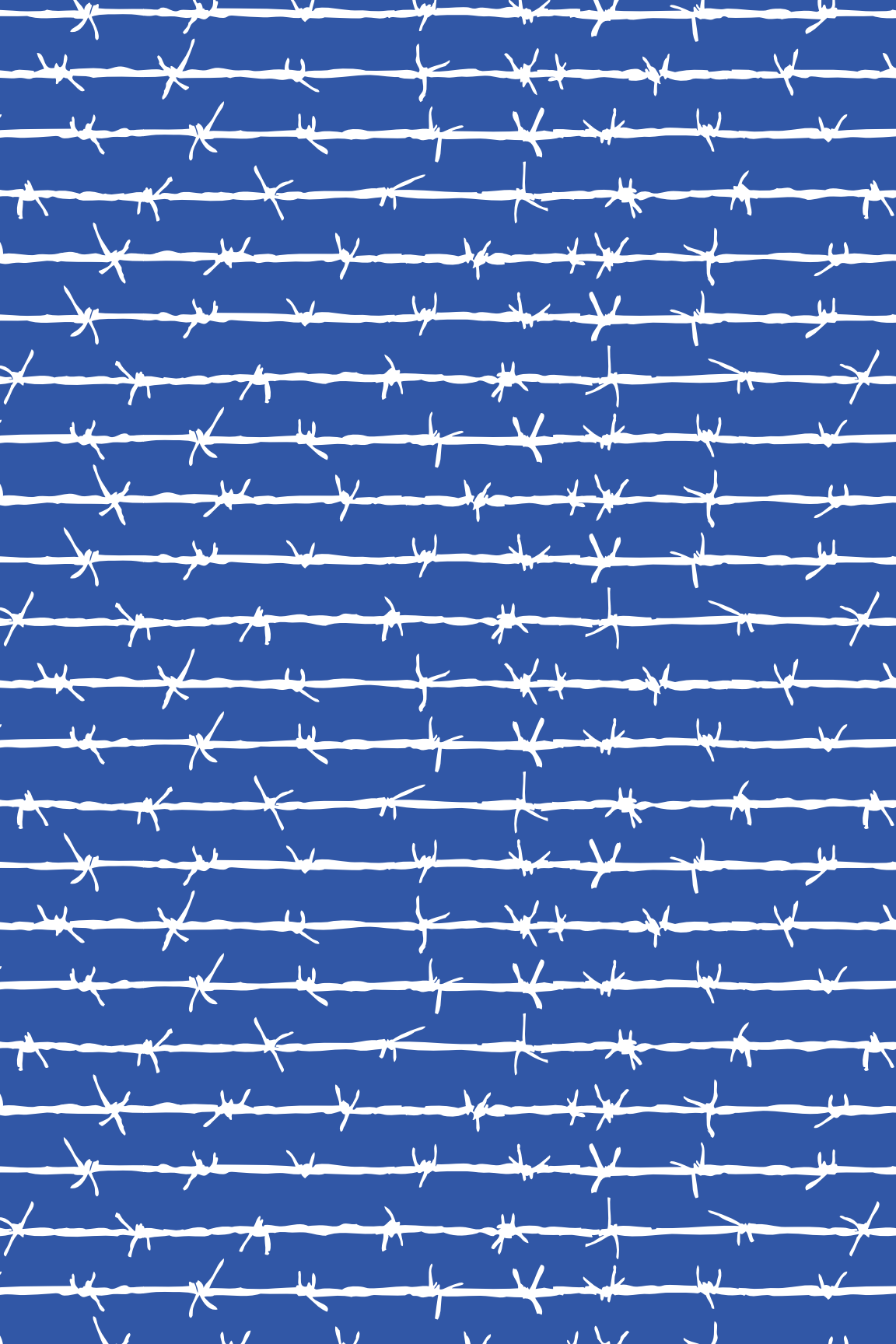


LAS BATALLAS DEL BISABUELO

LAS BATALLAS DEL BISABUELO

KOBA ESCUDERO

Durii

Agradecer a Faustino Álvarez Torres, que ya no está con nosotros, y quien fue sobrino de Félix Torres, alcalde socialista de Valdepeñas durante la República. Perdí el contacto con Faustino durante un par de años, hasta que, tratando de reencontrarnos, supe que había fallecido en 2021.

Gracias a Faustino se pudieron recuperar los cuerpos de cientos de antifascistas asesinados en Valdepeñas. Gracias a él, a su tío Félix Torres, y a todos los antifascistas por intentar hacer del mundo un lugar más justo, que lucharon —y muchos murieron— por la libertad.

Gracias también a Dulce Chacón, allá donde esté, por inspirarme a contar la situación de las presas antifascistas en las cárceles franquistas, con ese dolor que solo ella supo plasmar.

No podría terminar sin agradecer a todas las personas que me han apoyado en estos diez años, en los que la ansiedad, las prisas, los llantos y las angustias me han acompañado, y que han sabido tirar de mí para ayudarme a terminar este libro, y cumplir un sueño. Pero esto no acaba aquí.

Quienes mueren por la
libertad, siempre vivirán.

NOTA DEL AUTOR

Este libro narra con tintes de realidad y de ficción una historia que le pasó a mucha gente.

Sobre los personajes aquí nombrados, igual que los hechos, se unen los reales y los ficticios, todo para crear una historia que, aunque fue verdad en muchos casos, eran tantos sus personajes, que no podían contarse una por una las vivencias de estos.

Se ha redactado tras una ardua recopilación de información durante una década, con documentos oficiales, públicos y privados, e incluso con testimonios de personas que vivieron partes aquí narradas.

Quienes sean de Valdepeñas o conozcan la ciudad, sentirán cada rincón por el que pasan como parte del libro, e incluso me atrevería a decir que descubrirán una Valdepeñas que desconocían.

Algunos datos y nombres han sido modificados para ajustarse a la narración y por privacidad, intentando siempre corromper la historia lo menos posible.

Además de reivindicación política, hay costumbrismo manchego, en una tierra olvidada, degradada a la agricultura y a la ganadería, cuya población ha sido abandonada desde siempre.

Agradecer a Faustino Álvarez Torres, que ya no está con nosotros, y quien fue sobrino de Félix Torres, alcalde socialista de Valdepeñas durante la República. Perdí el contacto con Faustino durante un par de años, hasta

que, tratando de volver a reencontrarnos, me enteré de que falleció en 2021. Gracias a Faustino se pudieron sacar los cuerpos de cientos de antifascistas asesinados en Valdepeñas. Gracias a él, a su tío Félix Torres, y a todos los antifascistas por intentar hacer del mundo un lugar más justo, que lucharon y muchos murieron por la libertad.

Gracias también a Dulce Chacón, allá donde esté, por inspirarme a contar la situación de las presas antifascistas en las cárceles franquistas con ese dolor que solo ella suplo plasmar.

No podría acabar sin agradecer a todas las personas que me han apoyado en estos diez años, en los que la ansiedad, las prisas, los llantos y las angustias me han acompañado, y que esta gente ha sabido tirar de mí para acabar con este libro, y cumplir un sueño: escribir un libro. Pero esto no acaba aquí.

Quienes mueren por la Libertad, siempre vivirán.

BATALLA I

CÓMO EMPEZÓ TODO

(1907-1928)

VILLANUEVA DE LOS INFANTES, 1907

Casa de los Hernández – Jiménez

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre, por suerte o por desgracia, sí me acuerdo, amanecía en el pueblo de Villanueva de los Infantes, un pequeño pueblo manchego, de los más típicos manchegos, en la provincia de Ciudad Real, en Castilla La Nueva, y más en concreto, en la comarca del Campo de Montiel.

Era la primavera del año 1907.

La casa donde todo empezó también era muy típicamente manchega, tanto, que estaba jalbergada[1] en blanco calizo y con un metro desde el suelo en azul añil algo desconchada, eso sí, por el clima tan seco de La Mancha y por el pasar del tiempo. Una puerta de madera cubierta por una cortina de tela alpujarreña[2] daba entrada a la casa. Esta vivienda casi hacía esquina con la celda donde murió el poeta Francisco de Quevedo.

Asomándonos a una de las dos ventanas que daban a la calle, pues el resto daban al patio donde se guardaban los aperos de labranza, podemos ver a una mujer, María Francisca Jiménez, mi madre, que por entonces tenía treinta

1 Blanquear la pared con cal.

2 Tela de colores típica de La Mancha.

y nueve años, una edad en la que un embarazo es peligroso tanto para la mujer como para la criatura. María Francisca, o María simplemente, como algunos cercanos solían llamarla, estaba tumbada en la cama, y no precisamente para dormir bien a gusto después de haber estado todo el día en el campo trabajando, sino para darme a luz: era el día de mi nacimiento.

Abierta de piernas y agarrándose al cabecero de la cama, chillaba y empujaba. Empujaba y chillaba. Sufría. Sufría mucho.

No estaba sola, pues le acompañaban Clotilde y Petra, dos vecinas que rondaban los setenta, y curtidas en el oficio de parteras por haber ayudado a parir a la gran mayoría de las vecinas infanteñas. Se podría decir que, de cuarenta años atrás, todos los nacidos en Infantes lo habían hecho gracias a estas dos paisanas.

No eran pocas las mujeres que morían en el parto. Como tampoco eran pocas las criaturas que, si no morían al nacer, lo hacían a los pocos meses, o incluso días. Las circunstancias económicas de la población rural y obrera, las enfermedades, la falta de comida… Todo influía para acabar pronto con los recién nacidos. Y eso mismo le pasó a mi hermana Eulalia, la primera hija que tuvieron mis padres, yo fui el tercero y último. Eulalia, pobrecica mía, nació en 1903, cuatro años antes que yo. Todo fue bien en el parto. El problema vino cuando se desató un brote de cólera en Infantes por las aguas residuales que se acumulaban en el arroyo de Lavacapachos[3]. Luego, en 1904, nacería mi hermano Francisco, y este sí sobrevivió. Lo cierto es que pareciera ser que en mi casa abundaban los *Franciscos*, pues

3 Arroyo que transcurre cercano a Infantes.

mi hermano era Francisco, mi madre María Francisca y mi padre Francisco.

Volviendo al momento de mi parto, y como es lógico, mi madre no paraba de empujar y de rabiar de dolor, intentando traerme al mundo, sin caer ella en el intento.

—María, tienes que empujar, pero con cuidao también, no te vayas a desangrar —le advirtió Petra.

Fuera de la habitación, en un pequeño pasillo en penumbra, solo alumbrado por un par de candiles de aceite, mi hermano Francisco, de tres años para cuatro, y mi padre, ya pasados por poco los cuarenta, esperaban los dos sentados en unas sillas que habían llevado hasta allí a propósito.

Era evidente que mi padre estaba zascandil[4], porque ya había perdido una criatura, y no quería perder ni a otro hijo ni a su esposa, con la que llevaba desde los once años. En el parto de Francisco hijo, estuvo igual, ya era crónico, aunque no le culpo por tener ese miedo.

Mi hermano, por su parte, cabeceaba y se le entornaban los ojillos, intentando mantenerse despierto, hasta que se conformó con apoyar la cabeza sobre el hombro de nuestro padre.

—Francisco, anda a la cama a dormir. Cuando nahca ya te despierto.

—No, me espero.

—Si es que pue que la cosa se alargue.

—Da igual, me espero —insistió mi hermano.

Mi padre, resignado, se volvió a apoyar en el respaldo de la silla, con la cabeza contra la pared.

Se abrió la puerta de la alcoba y tanto mi padre como mi hermano dieron un buen salto, pero todavía no eran

4 Nervioso.

noticias, sino Petra, que salía corriendo para el patio con un barreño con paños empapados en sangre para lavarlos con agua del pozo.

—Francisco, ven a alumbrarme, ha el favor —le pidió a mi padre, que fue corriendo detrás candileando[5]. Fuera no se veía nada y el candil tampoco es que alumbrara mucho.

Recogida el agua, la paisana la volcó en el barreño, aclaró los paños y volvió a la casa seguida por mi padre alumbrando. Llegados al pasillo, Petra entró en la habitación y mi padre se acercó a la silla, pero antes de volver a sentarse, los gritos de mi madre aumentaron, y al poco se escucharon los llantos de un bebé. Mi padre sabía lo que eso significaba, así que espabiló a Francisco hijo y los dos pasaron dentro de la habitación, donde Clotilde me puso en brazos de mi madre. Padre y Francisco se acercaron a nosotros. Mi padre aupó a mi hermano, y mi madre, muy emocionada, le dijo a su hijo mayor:

—Mira, Francisco, un chiquillo.

—¿Habéis pensao cómo llamarle? —preguntó Clotilde, limpiándose el sudor con la manga del vestido negro de luto que llevaba, pues su marido y dos de sus hijos habían muerto en el brote de cólera que se llevó a Eulalia.

—Pablo —contestó mi padre, como si ya lo tuviera pensado de antes.

Y así, con ese nombre me quedé: Pablo Hernández Jiménez.

---

5 Con el candil.

INFANTES, 1917

Desde muy chico, y a diferencia de los otros críos, que eran unos borruchos[6] que jugaban a la pedrea[7], a pegarse y demás, pues eran unos aluchantes[8], yo me pasaba los días enteros jugando solo, recreando en mi cabeza las historias medievales de monjes caballeros que se contaban por el pueblo.

Llanura cercana a Infantes

Aquel año 1917, mientras los obreros de toda Europa y de sus colonias morían en los campos de Flandes, de Francia…, todo por los beneficios de los señoritos y los gobernantes, que les hacían creer que luchaban por la patria —¿qué es la patria?—, y mientras que en Rusia se preparaba la Revolución de Octubre, yo, en una de mis *idas medievales*, me metí tanto en el personaje, que me perdí en un bosquejo cerca de Infantes, no muy lejos del santuario de la Virgen de la Antigua, a una hora andando de Infantes, y se me hizo de noche. Ya no sabía salir de ahí.

---

6 Brutos.

7 Guerra de piedras.

8 Guerrero, bribón, sinvergüenza.

Cuartel de la Guardia Civil de Infantes

Pasaban las horas y seguía sin aparecer. Mis padres se empezaron a asustar viendo que anochecía y su hijo de diez años no llegaba.

Decidieron ir al cuartelillo a buscar ayuda. En la puerta había un guardia fumándose un cigarro.

—Buenas noches —saludó mi padre—, vengo a hablar con el cabo Federico.

—Adelante, pasen utede. —Les invitó aquel guardia, después de piparle al cigarrillo y echar el humo. Este se hizo a un lado para dejarles paso, y ambos entraron, siendo mi madre la única que mostraba sentimientos llorando a moco tendido, mientras que mi padre se veía frío e impasible.

Mi padre contó al cabo que su hijo llevaba horas desaparecido. Mi madre seguía llorando, como si ya diera por hecho que había perdido otro hijo.

—Salió después de comer y no ha vuelto —explicaba mi padre.

Mi madre rompió a llorar aún más fuerte.

—Señora, haga el favor de callarse, que no oigo a su marío —dijo el cabo—. Siga, Francisco.

—Eso es to.

—Bueno, a ver, pue ser que el chiquillo s'haiga[9] despistao, no nos vamos a poner en lo peor ya tan pronto. Yo les entiendo, pero hay que mantener la calma.

—¿Pero usté se cree que vamos estar calmaos tiniendo a nuestro hijo desaparecío? —se alteró mi padre.

9 Haya.

—Vamos a ver, Francisco, se calma usté. ¿Qué quiere que hagamos, si estamos este —señaló al guardia de la puerta que había entrao al oír los gritos de mi padre— y yo solos?

—Pues llame usté a los demás hombres del pueblo, haga el favor. Tengan compasión. —Se giró ahora hacia el otro guardia, a ver si este conseguía convencer a su cabo.

—Mu bien, hagámoslo así: llamamos puerta por puerta y pedimos a los hombres del pueblo que nos ayuden a hacer una batía. Usté, Francisca, quédese en su casa por si le diera al chiquillo por volver mientras lo estamos buscando. Los hombres del pueblo le traemos de vuelta a su hijo. No sufra más.

Cerros cercanos a Infantes

Salieron todos los hombres del pueblo, incluidos mozicos, de unos trece años para arriba, con candiles y perros, y se patearon cada centímetro cuadrado de los matorrales, pinares y encinares que rodeaban Infantes, cabo alante[10], sin detenerse un instante. Casi todos iban armados, ya fuera con escopetas o con cualquier herramienta del campo, y tenían que irlo, porque merodeaban lobos y jabalíes por aquellos lares, y hasta sospechaban que lo mismo me habían secuestrado los bandoleros.

Tras horas de búsqueda, cuando se acercaba el amanecer, en la oscuridad del monte, una linterna me iluminó la cara de miedo que llevaba, deslumbrándome por el repentino cambio de luz. Estaba arrecostado bajo un árbol.

10 Sin pausa, con decisión.

—¡Está aquí! —gritó el vecino que me encontró —¡Aquí! —volvió a gritar para que le siguieran la voz los demás paisanos.

El grupo se juntó siguiendo la voz del vecino. Entre todos esos hombres se abrió paso mi padre, y lo primero que hizo fue sacudirme una mandanga[11]. Yo me esperaba un abrazo para tranquilizarme, ¡para celebrar que habían encontrado a su hijo!, pero no actuó como yo creía y deseaba.

—¡Esto pa que aprendas y te dejes de tantas tontás, que no tienes más que pájaros en la cabeza! A partir de hoy te vas a levantar ca[12] día a las cuatro de la mañana y te vas a venir conmigo a pastorear las ovejas, y cuando haiga que hacer noche, yo duermo en el camero[13] y tú en el suelo. Ya verás como se te quitan las tontás que tienes en la cabeza, porque si no te las quito yo de otra hostia. Pero esta noche, por mi padre que está bajo tierra, que la pasas aquí solo, pa que te hagas un hombre y pierdas el mieo. Se t'acabao eso de ser un crío.

Los hombres del pueblo no le dijeron nada. Muchos estaban de acuerdo, y otros simplemente no querían enfrentarse a mi padre estando así de cabreado, aunque no compartieran sus métodos educativos.

Cumplió su amenaza, ¡vaya si la cumplió!, y, además, desde los diez años hasta que cumplí los dieciocho, que es cuando ya me fui de casa, estuve ayudando a mi padre con las ovejas desde antes de que amaneciera.

---

11 Tortazo.

12 Cada.

13 Lecho de pastores compuesto por piel de oveja.

INFANTES, 1918

Casa de la abuela de Pablo

Había pasado un año de lo del monte.

Era una tarde de verano y mi madre y mi abuela pelaban habas en el patio de esta última. Yo me fui a explorar la casa con toda libertad.

Llegué a una pequeña alcoba en la que solo había una estantería con libros y una butaca. No había nada más. ¿Por qué? Pues creo que esa habitación, aunque la usaban tanto mi abuela como mi abuelo, era él quien se pasaba ahí las horas después del trabajo. Este era una especie de Alonso Quijano con los libros: los devoraba.

Mi abuelo murió de tuberculosis en 1903, el mismo año del brote que se llevó a Eulalia. De hecho, ese año nuestra familia había tenido buena cosecha, ganaron perras[14], y se lo tuvieron que gastar en los ataúdes de mi hermana, mi abuelo y un par de tíos y primos que se fueron por el brote de cólera.

Cuando murió mi abuelo, mi abuela cerró la habitación, se deshizo de todos los muebles, salvo aquellos con real importancia para él: su estantería, llena de libros, y la butaca donde se pasaba horas leyendo, y en la que, tras muchas y muchas horas de lectura caía dormido.

14 Pesetas.

Me metí en la habitación a oscuras, buscando el ventanal que sabía que había, para abrirlo y poder ver algo. Lo encontré, y al destaparlo, una ráfaga de luz iluminó el cuarto. Con la luz pude fijarme en la estantería. Repasé los títulos de los libros, buscando alguno que me llamara la atención, y fue uno en concreto el que más lo hizo: *El Manifiesto Comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels.

Yo no sabía leer, simplemente que el color rojo destacaba sobre los demás, que tenían un color más verdoso o azulado oscuro, así que lo cogí y me fui al patio con mi madre y mi abuela.

Patio de la casa

Al llegar, mi abuela se dio cuenta de lo que llevaba conmigo y preguntó:

—¿Qué traes?

—Un libro —contesté con miedo a que me lo quitara por cogerlo sin permiso.

—Pero ¿sabes leer? —volvió a preguntar.

—¿Cómo va a saber leer? —intervino mi madre— ¿Pa qué coges algo que no es tuyo, y más si no sabes darle uso?

—¡Anda! —se fijó mi abuela en la portada del libro—, ¿ese estaba en la habitación cerrá?

—Sí…

—¿Quién te ha dao permiso pa cogerlo? —preguntó enfadada mi madre.

Mi abuela, emocionada, dejó en la espuerta[15] el cuchillo y el haba que estaba pelando, y me pidió el libro. Mirándolo con ternura, quitándole suavemente el polvo que recubría la cubierta y que apenas dejaba ver el título.

—Mira, te lo regalo con la condición de que cuando aprendas a leer, me lo leas. Pa que te hagas una idea, este libro habla de cosas mu importantes pa los trabajaores; son enseñanzas de la vía, Pablo.

—Madre, no adoctrine usté al chico.

—Pero ¿qué adoctrinar? Solo le estoy dando un libro p'aprender a leer, ¿verdá, Pablo? —yo asentí muy feliz, sin ni siquiera saber qué era eso de *adoctrinar*—. ¿No lo adoctrinan ya en la escuela, diciéndole que tiene que rezar a un ser imaginario pa salvar su alma? ¿Qué tontería es esa? Mira, Pablo —se volvió a mí, hablándome con mucho cariño—, este libro, pa tu agüelo[16] y pa mí, era mu especial. Los dos teníamos los valores que en este libro vienen. Toavía eres mu chico pantender lo que pone aquí, pero conforme crezcas verás queste libro, un siglo después en que se escribió, toavía sigue mu en pie.

—Madre… No creo que el chico deba leer ese libro —insistía mi madre.

—María, ese libro me lo regaló tu padre.

—¡Pues vaya libros le regalaba! —exclamó mi madre bien enrabietada[17].

15 Recipiente de esparto o de goma, usado normalmente para echar la cosecha recogida o materiales de construcción.

16 Abuelo, de la misma forma que «Agüela» significa abuela.

17 Enrabietada, molesta.

—Pa nosotros era mu especial —y se dirigió a mí otra vez—. Tu agüelo y yo nos conocimos en un encuentro de socialistas en Zudarreal[18].

—¿Y los socialistas son buenos, agüela?

—Ahora mismo no. Están tomando un camino mu malo, y nos dan de lao a los pobres. Pero cuando tu agüelo y yo éramos más jóvenes, ese partío era la esperanza de los trabajaores de España.

Mi abuelo era un fiel militante del PSOE hasta poco antes de morir. Tanto él como mi abuela devoraban libros de política, filosofía y literatura, y luego los comentaban entre ellos o en los círculos obreros en los que se movían. Estoy seguro de que es de ellos de donde me vienen las ideas que más tarde fui desarrollando, y mi inquietud y pasión por la lectura.

18 Ciudad Real.